

ALERGIAS DE JUVENTUD

Jóvenes e Iglesia parecen dos términos que se tienen alergia. La Iglesia resiente la actitud rebelde, contestataria de la juventud, y ésta deplora y cuestiona la figura eclesial, tanto en su aspecto de adaptación doctrinal como en su estructura funcional. Esta alergia moderna se torna tensa y no pocas veces angustiada por tratarse de dos entidades que vitalmente se necesitan.

Hay situaciones —conflictivas o no— que pueden ser prescindibles. En esos casos una de las soluciones es separarlas de nuestra preocupación y dejar que sigan su curso independiente. El caso que tratamos no entra en esa clasificación. Nos afecta a todos. La Iglesia, como cristalización de la dimensión religiosa vitalmente humana; y la juventud, como fruto de nuestra existencia y garantía de perennidad. Ambas explicitan, además, el aspecto misterioso del hombre: su trascendencia y su porvenir. De ahí que la divergencia entre la Iglesia y la juventud —aunque no sea la única existente en la sociedad actual— la sintamos como un reto a nuestro humanismo.

Una posición equivocada

Partiendo de la base de nuestra pertenencia a la Iglesia cristiana, mayoritariamente católica, hay quienes plantean el problema y dictaminan juicios y soluciones tomando una posición exógena, tanto con respecto a la Iglesia como a la juventud. Es una posición que evade el compromiso personal en un asunto del que forma parte y al que pertenece. Reparten culpabilidades a lado y lado: se lanza la tesis de que ya ni Dios ni la Iglesia significan nada para la juventud, o culpan a la Iglesia por sus equivocados intentos. Esta actitud de posesión de la verdad religiosa y de proclamación de la incapacidad ajena para vivirla, ofende íntimamente tanto al joven como a la buena voluntad de la Iglesia.

Es falso que Dios y lo religioso no interesan a la juventud. Nos atrevemos a decir que pocas veces en la historia del cristianismo lo ha sido tanto. Sus protestas a la Iglesia, como institución encargada de representarlo, no es síntoma de irreligiosidad o ateísmo, sino de necesidad. Su insatisfacción con el Dios aceptado de los adultos y con la Iglesia jurídicamente establecida en la historia está, tal vez, más cerca del "Dios siempre mayor" y de la Iglesia "más signo de vida que catálogo de leyes jurídicas", que son características vitales de ambas entidades.

Es cierto que muchos de los rasgos que hoy se quieren aplicar a la figura de Dios y de la Iglesia parecen estridentes en los cuadros tradicionalmente considerados como muy bien logrados. Pero concluir que esos rasgos no pertenecen a Dios es pretender haber descubierto su misterio. Y un Dios sin misterio es la mejor prueba de que no es auténtico Dios. La Iglesia, sacramento de Dios en el mundo, participa de ese "ser siempre mayor", y debe vivir en sus expresiones la inagotabilidad de la realidad que representa. Una Iglesia definitivamente terminada y hasta regulada por excesivas imposiciones jurídicas servirá cada vez menos a la imagen del Dios siempre mayor. La insatisfacción juvenil de una Iglesia así no es signo de error, sino camino de autenticidad.

La Iglesia que nada dice

Hay rasgos venerables de la Iglesia que nada dicen al joven. Algunos cuadros plásticos nos lo darán a entender. Nada dice, por ejemplo, la iglesia-torre-templo-campanario-museo de imágenes-recinto de Dios, a donde la gente va y es recibida por El en su casa.

No es que dude que Dios está en el templo, que la Iglesia se ha esforzado en plasmarlo allí lo mejor posible, que ha buscado la forma de que el cristiano lo interiorice en el templo para que lo lleve a la vida diaria. Al parecer, este sistema no le da resultados al joven. Necesita sentir a Dios en la calle, en su mundo, en sus luchas, en su vida rebelde... y se queja de que no ve la presencia de la Iglesia significando a Dios en ese mundo. Y al no ver la respuesta de Dios en su mundo pierde la fe en el Dios del templo... Sabe el significado del templo de Salomón, pero le sabe mejor el Cristo de la samaritana, de la adúltera, de los mercaderes, de los pobres... Y quieren una Iglesia que lo represente allí. No le canta al Dios del templo, pero le canta a Cristo en sus fiestas, en sus manifestaciones de protesta, en sus tragedias... Dios es muy importante para él y la Iglesia es importante para él, pero encarnada, no "edificada".

Tampoco le dice nada, y la rechaza, una imagen de Dios representada por una Iglesia-juez que dictamina el deber ser del hombre y de la sociedad. Una Iglesia que se coloca fuera de la sociedad, estructurada en sí misma por lazos jurídicos estabilizantes, por esencia poco flexibles y naturalmente poco vitales. Rechaza la relación maestro-discípulo, la del que "sabe - no sabe" tradicional, donde el discípulo que no sabe debe simplemente aceptar las enseñanzas. La juventud, al conocer que el cristianismo es vida y nadie sabe tanto como ella acerca de su vida, quiere también decir algo, participar en la enseñanza-aprendizaje y en la organización estructural. Nada le dice una Iglesia donde se sienta miembro pasivo de normas elaboradas por quienes ya no viven su vida ni la conocen en profundidad. Quiere ser responsable de sus actos con una plena valoración de su propia conciencia.

El joven es también muy sensible a la realidad social dividida en clases difícilmente reconciliables. El mundo de la juventud obrera, por ejemplo, vive una serie de valores específicos que no concuerdan con la institucionalidad de la sociedad oficial. Busca una Iglesia que vibre con sus valores, y resiente la preferencia efectiva de ella por la clase que detenta el poder. Exige de los sacerdotes su propia radicalidad agresiva y la escogencia de esa opción comprometida en sus pretensiones de ascensión hacia la igualdad social. No les dice nada una Iglesia que evade, por temor, su mundo tal como lo viven, en una dramática tensión que pretende romper estructuras de opresión socio-económica.

Un noviciado difícil

La Iglesia se enfrentó a sí misma en el Concilio Vaticano II. Reconoció su derivación histórica hacia un excesivo juridicismo y autoritarismo. Fue capaz de una reorientación doctrinal hacia una mayor proyección existencial, colegialidad, participación interna y a la revalorización de la conciencia personal cristiana. Fundamentó teológicamente una nueva línea de presencia en el mundo moderno. Un paso valiente, sin duda. Sin embargo, el proceso de su implementación práctica está produciendo muchas incertidumbres y víctimas. Según expresión de Ricardo Lombardi, el famoso "micrófono de Dios" de los años cincuenta, la Iglesia se encuentra en situación de noche oscura.

Sin dejar de reconocer las tensiones, incertidumbres y víctimas del proceso actual de la Iglesia, no estamos del todo de acuerdo con el juicio de este ilustre representante de la Iglesia. Quien ha vivido y ayudado a construir la Iglesia de los años cincuenta, es legítimo que sienta oscuridad y temor. Sin embargo, a pesar de todo, juzgamos que nunca la Iglesia ha estado tan viva ni el nombre de Dios tan presente entre las inquietudes del hombre moderno, y todavía más en su juventud. El nombre de Cristo se oye en sus cantos de moda, sin miedo a ser ridiculizados por ello. Se canta a su pasión, a su amistad, a su barba, a su cruz y a su aleluya final... Una mentalidad con resabios jansenistas puede interpretarla como falta de respeto. El joven se indigna ante tales evaluaciones. La Iglesia, poco a poco, va viendo cada vez más valor en estas formas de expresión.

La puesta en práctica de las orientaciones doctrinales del Concilio —ajuridicismo, colegialidad, participación...— suponen una nueva manera de vivir y actuar en la Iglesia que no se puede improvisar. Supone un aprendizaje lento y doloroso. Mientras se aprende, las actuaciones serán deficientes. Lo importante es que se quiera aprender, lo cual presupone un reconocimiento humilde de que gran parte del saber de ayer constituye la ignorancia de hoy.

"Toda la Iglesia está pasando un noviciado": esta expresión, también del P. Lombardi, ciertamente la consideramos muy acertada. En la nueva reestructuración de la Iglesia, sobre todo en su aspecto institucional, ningún sector de ella tenía experiencia previa. Paulo VI será posiblemente quien soporta el noviciado más difícil. El cambio del concepto clásico de "Magister dixit", "Roma locuta, causa finita", a una actuación en colegialidad universal, significa una nueva forma de ser Papa.

Se están notando ya los frutos de este noviciado. Cada Iglesia nacional tiene su propio ritmo. La Iglesia venezolana, por sus peculiares características históricas, tiene especiales dificultades. La juventud no las ha vivido, y por eso se queja de lentitud. Junto a medidas desconcertantes hay indicios esperanzadores. Pero tendremos que acelerar el ritmo si queremos que entre Iglesia y juventud desaparezca la alergia.